

ROMANOS 12:3-5, SOMOS UN CUERPO EN CRISTO

Introducción

Hemos indicado al iniciar este capítulo, que el apóstol Pablo nos presenta instrucciones respecto a nuestro llamamiento de presentarnos a Dios en sacrificio vivo, santo y agradable como nuestra verdadera forma de dar culto verdadero a Dios, y para ello debemos cambiar nuestra manera de pensar, ya no conforme a este mundo que aborrece a Dios, sino según una mente renovada, que es capaz de distinguir lo que es realmente bueno según Dios, agradable delante del Señor, y perfecto a la luz de la revelación divina. Hay quienes simplemente no quieren atender a este llamado, y se conforman con adoptar algunas conductas “cristianas”, pero no están constantemente renovando su manera de pensar según la revelación divina de modo que puedan tener un cambio profundo en su ser, una verdadera transformación que les permita día en día ser un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. La transformación de nuestra manera de pensar involucra todos los aspectos de nuestra vida, en nuestra relación con Dios, y nuestra relación con los demás. Hemos mirado lo primero en los versos uno y dos, y como enseña nuestro catecismo, solo la Biblia nos muestra quien es Dios, o qué clase de ser es Dios, y lo que debemos creer respecto a él y por tanto obedecer. En nuestro diario caminar, debemos pensar según Dios y no según el mundo que aborrece a Dios. Ahora como cristianos, como aquellos que fueron unidos a Cristo, se nos llama la atención al hecho que somos un cuerpo en Cristo, esto será lo que vamos a considerar en los siguientes versos de este capítulo.

I. PIENSEN DE USTEDES MISMOS CON MODERACIÓN

Al ser un cuerpo, es necesario considerar nuestra condición de miembros de dicho cuerpo, y por lo tanto debemos pensar con moderación acerca de nosotros mismos. Pablo advierte a la iglesia en Roma: *“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno”*. Tal vez los hermanos de la iglesia pudieran ser tentados a pretender adorar a Dios al tiempo que se consideraban superiores a otros, o estar muy satisfechos con ellos mismos, exhibiendo el orgullo propio, que la antigua roma consideraba una virtud. Pero ahora se les dice, piensen de ustedes mismos con moderación,

A. Es su deber cristiano

Pablo no está diciendo a los hermanos que consideren la posibilidad de ajustar un poco su visión acerca de sí mismos, les está dando un imperativo bajo la autoridad que ha recibido de parte de Dios, (Rom. 1:1-7). Pero este imperativo es producto de la gracia, que rescató no solo a Pablo sino también a sus oyentes, llamados a ser de Jesucristo, a ser santos. Y aunque estuvieran en una sociedad que reconocía el orgullo propio como una virtud, ellos estaban llamados a pensar diferente. Por cierto, hermanos, ¿sabían ustedes que el orgullo propio tiene muchas formas de expresarse?, algunos demuestran una “gran autoestima”, considerándose con grandes capacidades que no tienen haciéndose soberbios y hasta antipáticos. Por otro lado, hay otros que ante la falta de reconocimiento de los demás, y el deseo de ser sobresalientes, manifiestan una “baja autoestima”, dicen y sienten ser lo peor, lo más bajo, y toman igualmente actitudes pecaminosas, lloran de rabia, patelean, se deprimen y esperan que alguien corra en su ayuda. Esto

no es otra cosa que orgullo. Mucha gente sufre hasta dolencias del cuerpo por causa de una depresión producto de una forma inadecuada de pensar acerca de sí mismos, pero que se atribuye a una situación producida por ellos o por otros. Hay gente que vive con profundos resentimientos en su corazón, y sufren realmente, porque tiene una “muy baja autoestima”, aunque en realidad creo más bien es que tiene herida su muy “alta autoestima”. El cristiano no puede seguir pensando en estos términos, el cristiano no puede seguir lleno de resentimientos, lleno de amargura, de ansiedad, ni de temores producto de una actitud pecaminosa llamada orgullo, que se presenta como alta o baja autoestima. Pablo dice a los cristianos, ustedes tienen el deber de pensar acerca de sí mismo con moderación, esto es,

B. Saber lo que ahora son en Cristo

Pablo se dirige a los creyentes que hacen parte de la comunidad eclesial que expresaba su fe dentro del gran imperio de entonces. Ya les ha dicho lo que merecen por naturaleza al ser parte de una raza caída, recordemos Rom. 3:9. Pero también les ha enseñado lo que ha hecho la gracia de Dios, que libre y soberanamente quiso favorecerlos por medio de la fe en Cristo, Rom. 3:21-26, 5:1, 8:1. El cristiano es radicalmente diferente, porque ha sido unido a Cristo, porque ha sido declarado justo delante de Dios, porque ahora tiene la vida de Dios en él, todo eso lo vimos en romanos 8. El cristiano debe estar consciente que Dios lo creó para llevar y multiplicar la imagen de Dios, y para sojuzgar la creación como se nos dice en Génesis (1:27-30), y si bien esta imagen fue totalmente estropeada con la caída del ser humano en pecado, en Cristo esta imagen es restaurada. Esta imagen de Dios es la que da dignidad a todo ser humano, cuánto más al cristiano que ha sido unido a Cristo y está siendo transformado y conformado cada día a la imagen perfecta de su creador. El cristiano tiene el deber de conocer lo que es en Cristo, lo que Dios le ha concedido por pura gracia y vivir conforme a ello, pensar conforme a ello. Como Pablo podemos decir: *“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”* (1 Tim. 1:15). Yo soy el más grande de los pecadores, pero para eso vino Cristo, para salvar a los pecadores, para sacarlos de su miserable condición, para que tengan vida verdadera. Sí, somos pecadores, pero redimidos por la sangre de Cristo, y sí, todavía luchamos con el pecado, pero el Espíritu de Dios mora en nosotros, y por él podemos hacer morir el pecado en nosotros cada día. Es cierto, merecemos el castigo eterno, el infierno de fuego y azufre por la eternidad, pero Cristo llevó nuestra culpa, y pagó toda nuestra deuda, y nos ha otorgado justicia y vida, nos ha hecho hijos de Dios, nos ha hecho miembros de su familia, miembros de su cuerpo con una función en particular como veremos enseguida. No hay cabida para la jactancia de una “gran autoestima”, ni para el orgullo disfrazado de una muy “baja autoestima”, solo hay lugar para considerar lo que la gracia de Dios ha hecho en nosotros, lo que Dios nos ha concedido, en ello debemos pensar con cordura, con moderación, en lo que ahora somos en Cristo, en el llamado que tenemos, en las capacidades que Dios nos da para servir dentro de su cuerpo. No tenemos nada de qué enorgullecernos ya lo hemos estudiado en esta misma carta, todo lo hemos recibido de parte de Dios para su propia gloria y excelencia, en eso nos gozamos plenamente como cristianos. No pensemos más de lo que debemos respecto a nosotros mismos, ni tampoco pensemos lo que no somos, pensemos como aquellos que fueron unidos a Cristo por su Gracia, como aquellos que fueron injertados en el olivo cultivado por Dios para recibir esa rica sabia que nos da vida. Tu estima y tu valor no depende del reconocimiento de tu pareja, de tus padres o de tus hijos, ni de nadie. Dios te ha hecho valioso al colocar en ti su imagen, estropeada por el pecado, pero restaurada por Cristo, en quien eres adoptado como un

hijo de Dios, coheredero con Cristo. Así que, dice Pablo a la iglesia, piensen de ustedes mismos con moderación.

II. CONSIDEREN SU PARTICIPACIÓN EN EL CUERPO

Pensar con moderación implica considerar lo que somos, miembros del cuerpo de Cristo, por lo tanto con dones de parte de Dios mismo para edificar su cuerpo. Mis hermanos, la iglesia no es un club social, no es un centro comercial ni un espacio de ocio y entretenimiento, la iglesia es el cuerpo de Cristo, y cada cristiano es miembro con una función en particular. Dice nuestro texto: *“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros”*. Consideren su participación en el cuerpo,

A. Que tiene muchos miembros

El cuerpo no está formado por un solo miembro, son muchos. ¿Sabe usted cuántos miembros hacen parte de su cuerpo?, ¿cuántos huesos, articulaciones, músculos, órganos, venas y vasos sanguíneos tiene en su cuerpo, y cómo se articulan para formar un solo cuerpo?. Pablo usa esta ilustración también para llamar a la unidad a los cristianos de Corinto, leamos 1 Cor. 12:14-21. ¿Dónde queda el orgullo del miembro más sobresaliente?, ¿no tienen acaso su propia función?, ¿son iguales todos los miembros?, ¿la diferencia entre los miembros los hace unos más que otros?. Si alguno de los hermanos en Roma se sentía más que otros por su origen o condición social, tendría que cambiar su manera de pensar, y comprender que era uno de muchos miembros más del gran cuerpo al cual pertenecía. Debía entonces pensar de sí mismo con humildad, y en la manera como podía servir a los demás. ¿Quiénes conforman un matrimonio?, por definición solamente un hombre y una mujer, y aunque son dos personas diferentes, la Biblia dice que ya no serán más dos, sino una sola carne (Gn. 2:24), y la razón la hallamos en Malaquías cuando Dios reprende la infidelidad de los mismos sacerdotes, y la infidelidad y división entre el mismo pueblo de Dios, leamos Mal. 2:15. El matrimonio como Dios lo ve es una unidad, que el mundo lo vea distinto es su problema, pero nosotros estamos llamados a verlo como Dios lo hace. Que el mundo tenga un concepto equivocado de familia no quiere decir que nosotros debamos estar de acuerdo y apoyar tal distorsión. Familias desunidas, en donde cada miembro busca su propio beneficio o como sacar beneficio de los demás, y terminan aborreciéndose uno a otro. Que el mundo considere la iglesia simplemente como con “spa espiritual” (copio la frase de un pastor amigo), para acallar su conciencia y relajarse “espiritualmente” unas horas a la semana, no quiere decir que nosotros debamos abrazar tal concepto. Pero ¿cuántos hoy no saben lo que es la iglesia?, ¿cuántos vienen las reuniones de la iglesia como si fueran a un club social, un spa, o centro de negocios para hacer transacciones con Dios, o cualquier otra cosa?, ¿cuántos creen ser miembros pero no asumen un compromiso por velar por la unidad y santidad de la iglesia?, ¿cuántos siguen con ese orgullo e individualismo que lo único que importa es su “fe en Dios” sin tener que ver con los demás miembros de la iglesia?, ¿cuántos no tienen idea acerca de qué significa ser miembros de este cuerpo de Cristo?. Cada miembro de esta comunidad local debía entender que hacía parte de un cuerpo que tiene muchos miembros, por lo tanto como miembro, está llamado a conservar la unidad del cuerpo.

B. Cada uno con su propia función

Pablo requiere imperativamente, que cada uno piense de sí mismo con cordura de acuerdo con la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Al saber que cada uno es miembro en particular, es sobre entendido que cada uno tiene su propia función para el desarrollo y actividad de todo el cuerpo, a los corintios les decía: *“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”* (1 Cor. 12:27). A los romanos les está diciendo, que todos los cristianos somos muchos miembros, pero formamos un solo cuerpo, y que como miembros tenemos una función que desarrollar. ¿Si uno de nuestros ojos deja de cumplir su función, podremos tener una visión completa?, ¿si un órgano como el corazón deja de cumplir su función, tendremos la irrigación de sangre (y con ello oxígeno y nutrientes) necesaria en todo el cuerpo?, ¿qué pasa cuando una vena se tapona por comer lo que no nos conviene?, ¿podemos ver lo necesario que es la función adecuada de cada miembro de nuestro cuerpo?; así se requiere que consideremos lo necesario de la función de cada miembro en el cuerpo de Cristo que es la iglesia. Cada creyente en particular tiene dones de parte de Dios para la edificación de su iglesia. ¿Has considerado los dones que Dios te ha dado?, ¿estás dispuesto a poner esos dones al servicio de los demás miembros del cuerpo?, ¿cómo estás apoyando el desarrollo de todo el cuerpo desde tu función como miembro?. No todos los miembros pueden hacer lo mismo, pero cada uno tiene una función que es necesaria también para los demás. Como miembros del cuerpo de Cristo, estamos

C. Cada uno unido a los demás

Ya lo vimos en Romanos 6 y 8, que fuimos unidos al Cristo en una muerte como la suya y en su resurrección, pero además estamos unidos a su cuerpo que es su iglesia. Ser miembros los unos de los otros, implica unidad e interdependencia. No puede haber unidad si hay orgullo de unos miembros exaltándose por encima de otros, no puede haber unidad y correcto funcionamiento si los miembros son negligentes en cuanto al cumplimiento de su propia función. Si el papá corrige al hijo, pero la mamá lo desautoriza, no habrá una instrucción adecuada, y no se está criando a un hijo en disciplina y amonestación del Señor. Si un cónyuge quiere vivir para la gloria de Dios haciendo lo que es agradable al Señor, pero la pareja quiere vivir según los parámetros del mundo, no puede haber unidad. Si en la iglesia cada cual está buscando su propio beneficio y no considera la manera como puede servir a los demás, no puede haber unidad. Si cada uno de los que decimos ser creyentes no estamos dispuestos a vivir como lo que somos, sal y luz de la tierra, como cuerpo no estamos impactando a nuestra sociedad, no estamos cumpliendo nuestro llamado. Cada miembro es diferente, y debemos reconocer tales diferencias, pero cada uno tiene su función propia, de la cual es responsable, y con esta actividad ayuda a los demás, pero también se beneficia con la actividad de los demás. Hoy se vende un discurso de uniformidad, de igualdad y equidad y tratan de eliminar toda clase de diferencia, pero esto es imposible, simple y sencillamente somos diferentes. El hombre y la mujer son diferentes, biológicamente es absolutamente indiscutible, aunque ideológicamente nos digan lo contrario. Lo cierto es que se

necesita del rol adecuado de cada uno para el desarrollo correcto de un matrimonio, de una familia, de una sociedad.

Conclusión

Somos un cuerpo en Cristo, así que pensemos de nosotros mismos con moderación, y consideremos nuestra participación en el cuerpo del Señor. No somos más, pero tampoco somos menos de lo que Cristo ha hecho en nosotros, de lo que Cristo nos ha concedido, ser adoptados hijos de Dios, miembros de su familia, de su cuerpo, y miembros los unos de los otros. Con funciones, responsabilidades, deberes propios delante de Dios que han de beneficiar también a los demás, y recíprocamente nos beneficiamos con la actividad que los demás miembros ejercen. En este mundo que reclama derechos para todo, hasta para hacer lo malo, lo cual por definición no constituye derecho, y en un mundo en donde se enseña a vivir de forma parásita, los cristianos estamos llamados a cumplir nuestros deberes para con Dios, lo cual nos lleva a su vez a unos deberes para con nuestro prójimo. Como miembros de un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, tenemos cada uno una función que cumplir, unos dones con los cuales servir a los demás, esto es parte de nuestro llamado a vivir delante del rostro de Dios. Por favor, hermanos, dejemos de pensar como el mundo egoísta que aborrece a Dios, y entendamos el privilegio de ser parte de la Iglesia del Señor, de ser miembros del cuerpo de Cristo, y roguemos a Dios que podamos usar nuestros dones, nuestras capacidades para servir a los demás, para buscar la unidad y el desarrollo de todo el cuerpo. Oremos.